

Frontera e identidad: la escritura del nómada.

Eduardo García (Universidad de Granada)

Congreso *La literatura latinoamericana en España y la literatura española en América.*

Mesa Redonda “Poesía sin aduanas”: Eduardo Chirinos, Eduardo García y Álvaro Salvador. Modera: Erika Martínez.

Univ. de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, Aula García Lorca // 10-12-2009.

La escritura trabaja en las fronteras y en su deslizamiento,
en el momento en que se desdibujan y atraviesan.

CLAUDIO MAGRIS

Tiene el trasterrado el corazón en pedazos.
Pero todos respiran a la vez.

E. G.

I

El título de esta Mesa Redonda, “Poesía sin aduanas”, me es muy querido. Lo siento tan mío como la voz de mi madre al despertarme, allá en la infancia, una mañana de domingo. Brasileño de nacimiento e hijo de españoles, mi primera lengua fue el portugués, de manera que apenas empecé a hablar el español con fluidez a los siete años, cuando mi familia regresó a Madrid. Es cierto que un año más tarde devoraba novelas y poesía en castellano, como lo es que no he escrito jamás en otra lengua. Pero intuyo también que desde entonces mi identidad quedó escindida para siempre entre una primera infancia latinoamericana y una adolescencia y juventud españolas. De niño soñaba con un país desconocido, lejana patria de mis padres, al otro lado del mar: un mítico país llamado España. Una travesía trasatlántica rasgó mi vida en dos. Desde entonces añoro un Brasil que sólo existe ya en mis sueños.

La identidad se forja en los orígenes. Hay quien vive toda su existencia aferrado a un eje firme, arraigado en una tierra o una cultura. Otros nos vemos empujados, en plena infancia, hacia el mar. Recién sospecho ahora, tras pasado el límite de los cuarenta, que en ese hecho original, ese remoto cataclismo interior, se cifra la más decisiva fuente de mi identidad.

No siempre lo creí así. Si he de rebuscar en mis orígenes podría hablar,

antes de nada, de mi propia educación: la miscelánea que dio lugar a la formación de mi sensibilidad. Somos las lecturas que nos nutrieron, los discos que amamos, los acontecimientos de los que fuimos testigos. Si ajustara el “zoom” hacia el pasado más distante tendría que recordar las novelas que leí en la infancia, en un estado de permanente exaltación. Mi origen bilingüe se abre paso en ese caos atropellado de lecturas en español y en portugués, en donde brillaría con luz propia Jorge Amado. Sus paisajes tropicales me devolvían a la luz de la imaginación el aroma de las playas de Bahía, el mítico territorio de una patria perdida para siempre.

Llegada la juventud descubrí la literatura contemporánea. Nace entonces mi pasión por el relato fantástico, los autores del “boom” hispanoamericano (Cortázar, Borges, Onetti y tantos otros), los grandes novelistas europeos (Kafka, Proust, Joyce, Beckett...) y también, aunque en menor medida, norteamericanos. Para entonces la poesía había ganado terreno en mis lecturas. Andaba descubriendo a los poetas de vanguardia, desde la Generación del 27 a los hispanoamericanos (Vallejo, Paz, Neruda...). Simultáneamente se iniciaba mi veneración por Rimbaud y Baudelaire, maestros a la distancia. Leí también con interés —aunque una vez más en segundo plano— a la “Beat generation”, a la que se traducía con profusión en aquellos años 70-80.

Mención aparte merece mi juvenil pasión por la pintura vanguardista. Primero Picasso, que me deslumbró. Sin embargo, con el tiempo fui apasionándome por otros pintores cuya huella en mí ha sido mucho más duradera y profunda: Chagall, Magritte y —más tardíamente— Bacon.

Durante años creí que con la mera nómina de autores que me nutrieron en diversos géneros y artes podría perfilarse un retrato aproximado de mi propia identidad como creador. Y sin embargo, si nos quedáramos ahí, en la simple enumeración de influencias, no comprenderíamos nada. Pero tardé décadas en caer en la cuenta. La cuestión fundamental es aquí: ¿por qué esas influencias y no otras? ¿Por qué, de entre tantas lecturas, tan sólo algunas me calaron de raíz? ¿Por qué Samuel Beckett, o Kafka, y no William Faulkner? ¿Por qué Vallejo, u Octavio Paz, y no Manuel Machado? ¿Por qué Julio Cortázar, o Borges, y no Ignacio Aldecoa? ¿Por qué Chagall, o Bacon, y no tanto Velázquez?

Dejaré la pregunta en el aire... para contestarla después.

II

Me concentraré ahora en la *fusión de géneros* que cultivé en mis primeros libros. Me refiero al feliz encuentro entre poesía y género fantástico. A finales de los 90 algunos intentábamos perfilar nuestra voz, nos proponíamos ensanchar el territorio de la poesía en nuestra lengua. La genera-

ción que nos precedía ya había configurado en lo esencial su aportación, sentando las bases de una poética realista contemporánea. Por mi parte, me propuse cultivar un cruce entre realismo poético y cuento neofantástico. Intuía que las estrategias narrativas del realismo podían desplazarse, colonizar nuevos registros, si el acontecimiento prodigioso estallaba en plena apariencia de realidad. Por el camino, descubrí las posibilidades que ese giro hacia el horizonte de lo fantástico abría al desarrollo de escenas simbólicas. En los últimos años la exploración de los símbolos ha ido ganando terreno en mi obra, alejándome paulatinamente de la narratividad. En definitiva, mis creciente inclinación visionaria ha acabado por conducirme a otro lugar. Pero por entonces (del 95 al 2003, poco más o menos) me embarqué en la aventura de escribir poemas-cuento, desplegando en modulaciones poéticas el fenómeno fantástico.

Dos fueron mis obsesiones más cruciales en tal viaje. Por una parte, el tema del *Otro*, el siniestro doble, el *doppelgänger*: vertiente oscura de nosotros mismos, alojada en las profundidades, siempre dispuesta a aflorar para dar al traste con nuestras mejores intenciones (Hoffman, Stevenson, Borges...). Estimulado, en parte, por mis lecturas de Jung sobre la “sombra”, el *Otro* reaparecía en mis poemas una y otra vez, sin que —ahora lo confieso— me lo propusiera deliberadamente. Por otro lado, mis poemas tendían a proyectar *espacios transicionales*, ponían en escena misteriosos tránsitos entre realidad y ensoñación. Como le sucediera a la Alicia de Lewis Carroll el personaje poético se desplazaba desde la realidad común a un espacio insólito, donde irrumpía de pronto el fenómeno prodigioso. No en vano encabecé la reedición de *No se trata de un juego* —que vio la luz precisamente aquí, en Granada, dentro de la colección “Maillot Amarillo”, de la mano de un excelente estudio introductorio de Andrés Neuman— con una cita de Carroll: “Juguemos a que existe una manera de atravesar el espejo”. Dos libros escribí obsesionado con la posibilidad de crear un género mestizo: el mencionado *No se trata de un juego* (1998) y *Horizonte o frontera* (2003). Creía que era posible ampliar el territorio de la poesía haciéndola dialogar con los grandes cuentistas del género neofantástico, lo fantástico contemporáneo. Escenas en apariencia realistas desembocaban en una situación imposible: devenían simbólicas, sugerentes, irradiando sentido en direcciones divergentes.

Sólo años después me fue revelado el verdadero sentido de ambas obsesiones: el tema del *Otro* que habita dentro de nosotros mismos y los *espacios transicionales* entre consciente e inconsciente, lo real y lo soñado, delirio y arte. Cayó en mis manos por azar, como todos los descubrimientos realmente reveladores, *Utopía y desencanto*, una espléndida colección de ensayos del siempre lúcido Claudio Magris. En uno de sus artículos encontré algo que cambiaría mi percepción de mi vida y mi poesía para

siempre. Hablaba Magris —desde su propia trasterrada experiencia— de los *escritores trasterrados*. De pronto sentí un escalofrío. La práctica totalidad de los nombres que citaba se encontraban entre mis autores de referencia. Descubrí entonces mi más oculto secreto, el denominador común que reunía a tantas influencias, a simple vista diversas entre sí: la fuente de donde brotaba mi secreta afinidad hacia mis compañeros de viaje en la experiencia trasterrada.

Recordaré ahora la pregunta que dejé antes a la espera, el enigmático *por qué* de mi particular selección de influencias: “¿Por qué Samuel Beckett, o Kafka, y no William Faulkner? ¿Por qué Vallejo, u Octavio Paz, y no Manuel Machado? ¿Por qué Julio Cortázar, o Borges, y no Ignacio Aldecoa? ¿Por qué Chagall, o Bacon, y no tanto Velázquez?” La respuesta se me presentaba al fin meridianamente clara. Ese argentino que fue Cortázar, o el irlandés Samuel Beckett, o el ruso Chagall, extraviados por las calles de París. O Kafka, ese judío checo que escribía en alemán. O Borges, ese latinoamericano a su pesar, confeso admirador de la literatura en lengua inglesa, que quiso morir y ser enterrado en Ginebra. O Bacon, el irlandés afincado en Londres —la capital de la nación invasora de su patria primera—, quien acabara sus días en Madrid...

Trazaba Magris el vasto territorio de la literatura sobre el cruce de fronteras. Ponía el dedo en la llaga de la conflictiva experiencia de la identidad en los trasterrados, los mestizos, los sin patria o con varias patrias a la vez. Fue entonces cuando una cita vino a hundírseme adentro como un preciso bisturí: “La escritura trabaja en las fronteras y en su deslizamiento, en el momento en que se desdibujan y atraviesan”.

¿Cómo explicar mi conmoción, la sensación de que de súbito todas las piezas del rompecabezas hallaban su razón de ser, el código secreto que las reunía en un solo mosaico, más allá de su caos aparente? Encontraba de pronto una formulación exacta de mi propia obsesión central, el eje irracional de mis recurrentes fantasías. Pero también la descripción del “hecho fundacional” de mi existencia: la travesía que rompió mi vida en dos patrias, dos lenguas, dos identidades separadas por la inmensa frontera del océano.

¡Diez años escribiendo sin cesar, compulsivamente, manifestando mi propio desarraigo sin saberlo! Ese *otro* que se ocultaba en mis poemas no era sino el brasileño que fui, extraviado en las aguas del tiempo, reclamando dentro de mí salir a la luz, encontrar su espacio. Esos personajes que cruzaban las fronteras no eran más que una proyección de aquel niño, des-terrado de la patria y la lengua de su infancia, soñando regresar al promisorio territorio del origen, región remota que ya nunca más le pertenecería. A día de hoy, sospecho que aún me habita ese niño desarraigado: mío es su desconsuelo, su vida nómada.

Pero no acababa ahí la revelación que me hablaba a través de las palabras de Magris. En seguida comprendí que la misma fractura original que se expresaba intuitivamente en mis poemas parecía también manifestarse en mi propio desdoblamiento profesional. Al fin y al cabo, soy un poeta que vive de la enseñanza de la filosofía. Razón e imaginación —esa otra frontera interior, ese abismo sobre el que tiendo puentes cada día— se reparten las horas de mi vida. En la lista de autores que me forjaron como escritor no podrían faltar Nietzsche y Heráclito, Heidegger y Horkheimer, Deleuze y Jung. Mi fantasía crea de la nada desfiladeros de palabras alumbrados por las suyas, abiertos a senderos que sólo el pensamiento filosófico contemporáneo pudo sugerir a mi mirada.

Estoy pues destinado a reconstruir sin cesar una precaria identidad siempre en fuga. Cosmopolita no por elección, ni por pose posmoderna, sino por experiencia vital. Tales son los frutos del desarraigo.

III

Durante años he defendido una *poética del límite*. Conviene aclarar aquí que comencé a formular esta poética de los espacios fronterizos en un artículo publicado en la granadina revista *Hélice*, allá por el año 2001. (En realidad se redactó en el año 2000, aunque tuvo que esperar un tiempo para salir de imprenta). Así pues, al menos desde el año 2000 —y antes aún, en las breves poéticas que incluí en las primeras antologías que se hicieron eco de mi obra— vengo teorizando sobre mi inclinación a explorar los límites entre territorios tradicionalmente enfrentados en la poesía española contemporánea. A estas alturas resultará evidente que esa mi inclinación a la “poesía sin aduanas” es muy anterior a mi descubrimiento de las secretas razones biográficas que me han impulsado en esa dirección. La práctica totalidad de mis obsesiones poéticas acaban confluyendo en tal vocación de poblar la tierra de nadie, la frontera entre diversas tradiciones, géneros, espacios de la sensibilidad.

Con el tiempo logré organizar todo ese complejo caudal de intuiciones en mi ensayo *Una poética del límite*, que vio la luz en el 2005 en la editorial Pre-Textos. Como es natural me resulta imposible resumir aquí las cerca de 300 páginas en las que me interno a fondo en mi propia concepción de la poesía. Sin embargo, a modo de brevísima muestra, citaré un fragmento de una poética publicada en *Edad Presente*, antología de poesía contemporánea que vio la luz en el año 2003. Un fragmento que me parece especialmente representativo de mi condición poética *transfronteriza*. Se me figura un ejemplo ideal en la medida que representó en su momento una síntesis —en apenas unas líneas— de la poética que simultáneamente estaba desarrollando en mi ensayo. Como me es imposible, por razones

de tiempo, comentar cada una de las obsesiones que enumero, me limitaré a invitaros a descubrir por vosotros mismos hasta qué punto todas y cada una de ellas parecen cifrar su origen remoto en mi experiencia personal de niño trasterrado.

Entiendo por poética del límite la superación de algunas convenciones literarias demasiado arraigadas en nuestra tradición: la frontera entre los géneros, la frontera entre razón e imaginación, la frontera entre consciente e inconsciente, la frontera entre fantasía y realidad. Intentando abrir caminos a mi poesía, conducirla hacia nuevos territorios, he indagado en torno a las siguientes posibilidades: (1) la fusión romántica entre imaginación y pensamiento mediante el cultivo del símbolo; (2) la renovación del mito como introspección en las fuentes de la identidad; (3) la exploración de las vertientes contemporáneas del punto de vista: la fractura posmoderna del yo, los desdoblamientos del sujeto poético, la pluralidad de voces que habitan en nosotros; (4) la fusión de géneros entre poesía y cuento fantástico en busca de la escena simbólica, sugerente, la mirada al otro lado; (5) la superación del realismo ingenuo positivista mediante la posmoderna crisis de la representación: los juegos de planos entre diversos órdenes de 'realidad' y el cuestionamiento del carácter existencial de lo narrado.

Escalofríos me da releer hoy estas palabras, escritas hace años desde la convicción de mis inclinaciones de poeta y la por entonces absoluta ignorancia de que el trasterramiento era su clave y su raíz. Por una parte, los *espacios transicionales*: entre ensoñación y realidad, entre consciente e inconsciente, entre poesía y género fantástico, entre imaginación y pensamiento... Por otra, la continua recreación de un *sujeto fracturado*, plural, en precario, habitando una tierra de nadie, una frontera indecisa: impelido a una tan continua como infructuosa búsqueda de una identidad que se desmorona una y otra vez entre las manos.

Sospecho que aquel trasatlántico que rasgara, en el tiempo originario de la infancia, mi vida en dos espacios divergentes, continúa su viaje, imperturbable, reavivando sin cesar con su inquietud mis fantasías.

IV

Conviene no obstante insistir, más allá del desarraigo del que brotan mi vida y mi escritura, en la vertiente positiva, generadora, de esa quiebra original. Si la fractura es mi destino también es la fuente de mi arte, también es *creadora*. Del corazón mismo del desarraigo nacen mundos de palabras. Es muy probable que si no hubiera experimentado el agujijón del

trasterramiento no habría tampoco sentido la imperiosa necesidad de escribir. De la autocomplacencia difícilmente brota arte alguno. Intuyo que sólo el deseo de otra realidad, el afán de explorar algo por nacer, de crear de la nada algo que no existe, puede desembocar en una obra creativa. Escribimos por que la vida tal y como se nos presenta no nos basta. Necesitamos rellenar el espacio de ese hueco, la brecha de nuestra identidad. Bienvenidos sean los destierros, los trasplantes de corazón, si el espacio de esa rajadura acaba por convertirse en el fértil territorio de los sueños. Si nos conducen a vivir siempre en marcha, en un continuo impulso hacia un nuevo libro, un nuevo desafío, un nuevo espacio de la sensibilidad por colonizar. Ojalá no cese nunca en mí ese deseo de renacer una y otra vez en virtud de la magia de la palabra.

Quizá esa mi tendencia —de la que os hablaba al principio de mi intervención— a indagar en otros géneros y artes, a integrarlos en la magia de la palabra mediante nuevas modulaciones, proceda de mi propia vida nómada, mi inclinación a vivir siempre entre dos aguas, en la tierra de nadie entre dos patrias: vida y sueño, pensamiento y palabra. Como os decía, soy el fruto de un viaje trasatlántico. Por eso mis versos pueden a menudo ser leídos como cuentos o poemas. Por la misma razón se despliega en ellos tanto la realidad más plástica e inmediata como la ensoñación más delirante, así como el pensamiento contemporáneo se encarna simbólicamente en los espacios de mi imaginación .

Fernando Pessoa escribió: *a minha patria é a minha língua*. Mi patria, la que no tengo —ese puente entre dos lenguas, dos tierras, dos culturas—, ese entrañable territorio que tan sólo puedo reconstruir una y otra vez, se extiende verso a verso, libro a libro. La patria que me regala la poesía, poblada de pinares y arenas tropicales: ni aquí ni allá, en el espacio imaginal que media entre dos mundos, el vasto regadío de mis sueños.